

Juan Manuel, ni hubiera logrado Boccacio la gloria de sus *Cien Novelas*, ni saboreado Chaucer el aplauso de sus *Cuentos*. ¿Qué mucho pues que esperásemos el instante de nuevas transformaciones, cuando conocíamos ya en parte los elementos que debían producirlas?....

Restábanos sólo fijar la ocasion y la manera en que llegan á realizarse; y no otro ha sido el objeto y principal fin del presente capítulo, como que sin esta importante investigación seria del todo imposible el dar un solo paso en la exposicion de la historia, ni quilatar debidamente el valor respectivo de las expresadas transformaciones. Sobre tres puntos capitales hemos llamado la atencion de los lectores. Primero: sobre la introduccion en nuestra literatura de las ficciones caballerescas, que infunden tambien cierto colorido á las producciones de la poesia. Segundo: sobre la aclimatacion del arte alegórico, que altera exterior é interiormente las leyes de su existencia. Tercero: sobre la aparicion del elemento clásico en las composiciones históricas, que da nuevo y más seguro curso á semejantes especulaciones. El movimiento es palmario y no carece de gloria para nuestros ingenios en todas tres vias. Deber es nuestro estudiar con toda madurez los monumentos en que se manifiesta, á fin de apreciar de un modo exacto los diversos matices y caracteres, que en cada desarrollo va sucesivamente presentándonos.

Entremos pues en tan peregrina materia.

CAPITULO II.

PRIMEROS MONUMENTOS CASTELLANOS

DE LA LITERATURA CABALLERESCA.

Diferentes formas literarias con que aparecen.—La poesia.—Los Votos del Pavon.—Idea de este poema, deducida de monumentos del siglo XIII.—Su argumento.—Versiones en prosa de otros libros caballerescos.—Peregrina forma en que llegan á nuestros dias.—El *Noble cuento del enperador Charles Maynes de Rroma et de la buena enperatriz Sevilla*.—Su examen.—La *Estoria del Rrey Guillerme de Inglatierra*.—El *Cuento muy fermoso del Enperador Ottas et de la Infante Florencia, su fija*.—Análisis del mismo.—El *Fermoso cuento de una sancta enperatriz que ovo en Rroma*.—Noticia de otras versiones relativas á uno y otro ciclo caballeresco.—Aspiracion de la literatura castellana á producir obras originales en este sentido.—El *Amadis de Gaula*.—Época en que fué escrito.—Elementos que lo constituyen.—Nacionalidad que refleja: en las creencias; en los sentimientos; en las costumbres.—Breve idea de su argumento.—Caracteres principales de su estilo y lenguaje.—Resúmen.

Considerando el triple desarrollo de las letras españolas durante la segunda mitad del siglo XIV, tal como lo dejamos apuntado, llámannos sobre todo la atencion, así por lo peregrino de su origen y por el momento en que aparecen, como por la influencia que logran adelante los primeros monumentos del arte caballeresco, trasmitidos á nuestros dias. No caeremos nosotros, al verificar semejante investigación, en el error, ya cometido por algun escritor coetáneo, de clasificarlos entre las producciones de la literatura popular, en la acepcion crítica de esta pala-

bra ¹: filiados naturalmente en la docta, en ella arraigan al correr de aquella edad; por ella se transmiten á los siglos futuros, cualesquiera que sean despues las transformaciones que experimenten, y al penetrar en nuestro suelo, ora adoptan las formas cultivadas de antiguo por la poesía heróico-erudita, ora conservan la estructura narrativa de sus originales, aspirando muy luego á tomar el colorido de las creencias y de las costumbres y á legitimar en tal suerte su existencia.

No es hoy tan fácil, como deseamos, el determinar cuál de las formas indicadas tuvo la prioridad histórica: siguiendo la ley más general y constante á que se sujeta el arte en el progreso de sus variadas manifestaciones, razon habria sin embargo para suponer que debió adelantarse la poesía á ensayar la imitación, hipótesi que tiene tambien legítimo fundamento en los hechos. Cita el celebrado marqués de Santillana, mencionado el famoso *Poema de Alexandre*, y antes del libro del Archipreste de Hi-

1 Mr. George Ticknor forma cuatro diferentes grupos de las composiciones «populares en su origen y carácter y que en vez de proceder de las clases elevadas de la sociedad, son miradas por ellas con desden y desprecio.» Constitúyenlos: 1.º Los *romances*: 2.º Las *crónicas*: 3.º Los *libros de caballerías*: 4.º El *teatro*. Prescindiendo de lo que son y significan las *crónicas*, escritas casi todas por reyes, prelados y magnates, y cuyo valor é importancia hemos procurado quilatar antes de ahora, conviene advertir que el tercer extremo de la expresada clasificacion es inadmisibile. Los libros de caballerías fueron, y debieron ser populares allí donde nacieron, como fruto espontáneo de la civilizacion, como natural resultado de las costumbres políticas y sociales que representan: al transferirse á España, ni fructifican entre la indocta muchedumbre, ni halagan sus instintos, ni cumplen á sus intereses ¿cómo pues ha de colocarlos la crítica en la misma categoría de los *romances* y del *teatro*?... Si en el siglo XVI llegan á ser patrimonio de las clases menos ilustradas, si llamados los doctos al cultivo del arte en diverso terreno, los rechazan cual engendros monstruosos, no por esto se han de cerrar los ojos á la investigacion histórica, llegando á confundir entre sí cosas que jamás pueden ser unas, y olvidando al par las más sencillas nociones de crítica. Uno y otro fenómeno, esto es: la aparicion de los libros de caballerías en nuestra literatura y su repudio por la gente docta y prohijacion por la popular, tienen explicacion cumplida en el estudio de la civilizacion castellana: del primer punto habrán ya juzgado los lectores; sobre el segundo formarán entero y claro concepto, al llegar al siglo XVI.

ta, otro poema, á que dá titulo de *Los votos del Pavon* ⁴, obra perdida por desgracia de nuestras letras y que bastaria sin duda para resolver cuantas en la presente investigacion pudieran abrigarse. Tiénela ciertos escritores por «continuacion de la historia de Alejandro» ², y declaran otros que no es posible averiguar «qué obra es, qué contiene, quién es su autor, ni el tiempo en que fué escrita» ³. A la verdad, no son guias infalibles, ni ministran luz bastante en la materia la seguridad no comprobada de los primeros, ni la vacilacion excesiva de los segundos; y cuando en monumentos del siglo XIII y de tal importancia como la *Conquista de Ultramar*, ya antes de ahora examinada ⁴, hallamos inequívoco testimonio y noticia clara y concreta de lo que en nuestra literatura se entendió por *Votos del Pavon*, justo nos parece consignar que no ha sido todavía este punto debidamente ilustrado.

Los *Votos del Pavon*, lejos de proseguir la historia del héroe de Macedonia, lejos de carecer de importancia en la de las letras españolas, cual una y otra vez se ha afirmado, contienen una parte muy interesante de la trama romancesca de la vida de Carlo-Magno, y prueban, al revestirse de las formas poéticas cultivadas en Castilla, la predileccion con que fueron en ella

1 *Carta al Condestable de Portugal*: «Entre nosotros (dice) usóse primeramente el metro en assaz formas: asy como el *Libro de Alixandre*, *Los Vatos del Pavon*, é aun el libro del Archipreste de Hita» (Núm. XIV).

2 Habiendo manifestado Mr. Fauchet en sus *Origenes de la lengua y poesia francesa* (ed. de Paris 1781, pág. 88) que el *Roman du Paon* era una «continuacion de las hazañas de Alejandro, noticia que repitieron despues Quadrio y otros, asegurando que existia el MS. en la Biblioteca Imperial con el título de *Les veux du Paon d'Alexandre*, han supuesto algunos críticos modernos que el poema castellano, como traduccion de dicha obra, debia contener el mismo argumento (Ticknor I.ª Epoca, cap. IV). Mas aunque no puede negarse la existencia del libro citado por Fauchet y descrito en producciones más recientes (*Mem. et extr. des MSS. de la Bibl. Nac.*, t. V, pág. 118), nos parecerá siempre aventurado el asegurar que sea tal el asunto del poema citado por el Marqués de Santillana. Abajo exponemos las razones en que fundamos esta opinion.

3 Sanchez, *Coleccion de Poes. cast.*, t. I, pág. 99.

4 II.ª Parte, t. I.

recibidas las hazañas de los caballeros carlovingios. Refiérense las aventuras, comprendidas bajo aquella singular denominación, á la infancia y juventud del afortunado hijo de Berta, correspondiendo por tanto á la segunda série de narraciones que constituyen la base principal del referido ciclo, segun queda ya notado ¹, y que se distinguen en multiplicados libros con el título de *Historia de Maynete*.

Berta, hija de Flores y Blanca Flor, reyes de Almería en España, es desposada con Pepino, *el de los grandes fechos*, llevando consigo á Francia el aya (ama) que la habia criado: injuriada esta por cierta ofensa, resuélvese á tomar de ella cruda venganza; y teniendo acaso una hija de extremada semejanza á la esposa de Pepino, acusa á la verdadera Berta de haber atentado contra la vida de la reina, dignidad que atribuyen á su hija, logrando sorprender y engañar al monarca, que dicta sentencia de muerte contra su propia esposa. A dos escuderos da orden el aya vengativa de ejecutar aquel tremendo fallo, imponiéndoles el deber de presentarle el corazón de la princesa; pero llegados á la floresta, que iba á ser teatro de tanta crueldad, duélnense ambos de la desolada hermosura; y sacando el corazón á un perro que llevaban consigo, déjanla atada á un árbol, despojada de sus vestiduras y suelto sobre la espalda su cabello. En tan extraña manera hallóla el guarda de aquel monte (montanero), é informado por ella de su desgracia, desatóla y llevóla consigo á su casa, mandando á su mujer y á dos hijas de la misma edad de la reina que la honrasen y agasajaran. Allí permaneció Berta largo tiempo, pasando plaza de villana y siendo tenida por hija del montanero, hasta que trascurridos tres años, fué á caza el rey Pepino, hospedándose en la morada del guarda, quien despues de haberle ofrecido abundantes manjares, le hizo servir sabrosas frutas por aquellas tres doncellas, que le daban nombre de padre. Sorprendido quedó Pepino, al contemplar la belleza de Berta, y segunda vez enamorado de sus gracias, exigió y obtuvo del montanero que la condujese á su cámara aquella noche, proyecto en que vino sin dificultad la reina, ganosa de

¹ Véase el capítulo anterior.

recobrar el cariño de su esposo. Nació de esta singular aventura el renombrado Carlos-Maynete, el bueno; pero lejano de la corte y más todavía de la corona, hubiéronse menester nuevas aventuras para que alcanzase la herencia legítima de sus mayores.

Muerto entre tanto el rey Flores, persuadió Blanca Flor á sus vasallos á que recibiesen por soberano al famoso Pepino; logrado lo cual, dirigiase á Francia, alentando la dulce esperanza de estrechar en sus brazos á la desdichada Berta, á quien suponía en el colmo de la ventura. Grande fué el desconcierto que su presencia produjo en el aya criminal y en su cómplice hija, esquivando una y otra vez la inevitable entrevista de la usurpadora y de la madre de la verdadera reina; mas vencido todo obstáculo, llegaba al cabo Blanca Flor á romper la urdimbre de la impostura, reconociendo que no era Berta la muger que honraba Pepino como á reina, y obteniendo que confesada la maldad y descubierto el paradero de su hija y nieto Carlos Maynete, fuese castigada la principal culpable, disponiéndose el rey á hacer recibir por heredero de la corona á su legítimo hijo. El fallecimiento inesperado de Blanca Flor, cuya amorosa fidelidad á Flores, su marido, resalta aun en los últimos instantes de su vida, y el más desventurado del rey Pepino, dejaron á Carlos en completa orfandad, apoderados como estaban del reino los bastardos, en quienes ardía cada vez con mayor fuerza el anhelo de la venganza: solos Morante y Mayugot, leales caballeros elegidos por el rey Pepino para crianza y educación de Maynete, velaban por su vida, esperando elevarlo algun dia al ambicionado trono.

Temíanlo así los bastardos, y subiendo cada dia los quilates del no disimulado rencor, buscaban sin tregua los caminos de perderle, ya exasperando su natural altivo y fogoso con menosprecios, ya forzándole á ejercer oficios, en que podía alcanzarle pública deshonra. «Acontesció (dice la *Conquista de Ultramar*) »que ellos ovieron su consejo por la Navidad que á la fiesta de »çinquesma que avia de venir, que fiziesen en medio de una »montaña, do avia unos prados muy fermosos et grandes, un »juego que usáran los franceses antiguamente que llamauan Ta-

»*bla Redonda*. Et este juego se fazia desta manera: ponian
 »tiendas en derredor unas cabe otras, asi como corral redondo,
 »et allí dentro estauan los caualleros armados et tenian los ca-
 »uallos cobiertos de señales; et departe de fuera de las tiendas
 »fazian poyos en derredor, en que se ponian sus escudos et sus
 »yelmos, et arrimauan las lanças; et estauan con ellos dueñas et
 »donzellas et sus mugeres et sus parientes; et todos los omes on-
 »rados de la tierra venian allí et toda la otra cavalleria, et pa-
 »rauan sus tiendas en derredor de aquellas otras quanto una
 »grant carrera de cauallo. Et el cauallero de los de fuera que
 »quisiese justar, armarse ya et cubriria su cauallo de sus seña-
 »les et yria á aquel palenque et daria con el cuento de la lança
 »en un escudo daquellos; et luego saldria el señor del escudo de
 »dentro del corral et rogaria á aquella dueña ó donzella qué
 »oviese allí traído, que le ponga el yelmo en la cabeça et que le
 »dé el escudo et la lança; et ella fazerlo ha assi. Et despues,
 »que gelo ovier dado, caualgará el cauallero en su cauallo et
 »yrá justar con el otro. El si cayere el de fuera, avrá el de den-
 »tro su cauallo et las armas, et dará el preso á la dueña ó á la
 »donzella que allí truxiere, et ella soltarlo há por lo que touiere
 »por bien. Mas si cayere el de dentro de las tiendas, avria el
 »otro el cauallo et las armas, et aquella dueña ó donzella toma-
 »rá aquellas armas que traya el que derriba et darle ha otras
 »quales quisiere; pero en antes que le ponga el yelmo, abraçar-
 »lo há et besarlo há, et todo aquel año llamarse há su caualle-
 »ro de ella et avrá de fazer armas por su amor et traer aquellas
 »armas quella le dá et non las otras qué ante traía.»

«Este juego inventaron los omes antiguos de Inglaterra et
 »en Alemaña et en Françia, para saber bien justar et ferir de la
 »lança, asi como en el torneo para ferir de espada, et saber so-
 »frir las armas en las grandes priesas. Et este juego de la *Ta-
 »bla Redonda* dura ocho dias ó quinze, segunt que aquellos que
 »lo fazen pueden sufrir la costa. Et há este nombre, porque un
 »dia ante que se partan, ponen mesas de parte de dentro de
 »aquellas tiendas á la redonda et comen allí todos aquel dia lo
 »mejor que pueden et porque aquellas mesas son assi puestas
 »en derredor, llámanle el juego de la *Tabla Redonda*: que non

»por la otra que fué en tiempo del rey Artús. Et fazen aun otra
 »cosa aquel dia: ante que levanten las mesas, mandan á una
 »donzella, la más fermosa que ahy oviere, que traya un *pavon*
 »assado, saluo el pescueço et la cola que dexauan entero con
 »sus péñolas; et sábenlo fazer de manera que traya la cabeça al-
 »çada et la rueda toda fecha; et métenlo en un asador sobre un
 »tajadero de plata, et tráelo aquella donzella ante todas aquellas
 »mesas, et anda diziendo á cada cauallero qué es lo que *promete*
 »de fazer á aquel *pavon*. Et cada uno lo que prometiere, hálo
 »de complir et de tener aquel año en todas maneras, et sy lo
 »non fiziere, gelo terná por tan mal como si fiziesse una grant
 »trayçion. Et despues á aquellos que prometen, dánles á comer
 »sendas tajadas de aquel *pavon* et van su camino. Et desta ma-
 »nera se acaba el juego de la *Tabla Redonda*. El tal juego como
 »este ouieron su consejo los nietos del ama que lo fiziessen en
 »un llano en aquella montaña que era çerca de un castiello que
 »auia y que tenian ellos ¹.

Para humillar á Maynete, forzándolo á un rompimiento de
 que pudiera surgir su ruina, obliganle pues sus hermanos á
 desempeñar en la *Tabla Redonda* el oficio de donzella, tomando
 los *votos* que hacian al *pavon* los caballeros. Por consejo de
 Mayugot y de Morante disimula el príncipe el enojo que tal bur-
 la produce en su pecho; mas llegado el momento de la fiesta y
 asegurado de algunos caballeros sus parciales, arroja al rostro
 de Doys, que era el menor de los bastardos, el misterioso *pavon*,
 trabándose luego por una parte y otra recia contienda, de que
 sólo escaparon los nietos de la esclava de Berta, acogiéndose al
 castiello inmediato que se tenia por suyo. Maynete entre tanto,
 receloso del poder de sus enemigos, busca asilo en el ducado de
 Borgoña, y se determina despues á pasar á España para tomar
 posesion del reino de su abuelo Flores, teniendo la desventura
 de hallarlo sometido á los sarracenos. La empresa de rescatarlo,
 aprovechando las discordias de los reyes de Zaragoza y Córdo-
 ba, y la no menos romancesca de los amores de Halia (Galiana)

¹ *Conquista de Ultramar*, cap. XLIII, fól. 122 v. y siguientes hasta el 31.

hija de Hixem, rey de Toledo, detienen á Carlos por largo tiempo lejos de su patria: al cabo apoderado de los tesoros del toledano y solicitado de los magnates franceses, entra en los dominios de su padre; y al frente de «muy grant caualleria,» acomete y vence á los bastardos y se corona rey de Francia y Alemania. Los *votos*, hechos por Carlos Maynete en la fiesta del *pavon*, estaban felizmente cumplidos.

Ahora bien: existiendo desde fines del siglo XIII en la literatura española esta leyenda caballeresca, que tan fundamental y estrechamente se enlaza con las historias del ciclo carlowingio; aplaudida por extremo entre los doctos la obra en que se contiene ¿no ha de parecernos por demás aventurado el suponer que *Los votos del Pavon* completaban la historia del vencedor de Dario, cuando se estaba operando en el arte la singular transformación que dejamos estudiada?... Lo que parece verosímil, lo que se halla favorecido por todas las leyes de sana crítica, cualquiera que fuese la fortuna de los poemas, de que se supone derivada la obra referida ¹, es que el citado poema tuvo por asunto la série de aventuras arriba consignadas, ó cuando menos una parte principal de las que nacian de *Los Votos del Pavon*, en que se dá á Maynete intervencion tan directa. No otra cosa persuade la natural avidez, con que acogian los discretos cuantas relaciones, cuentos é historias les ponian de manifiesto el mundo de la caballería, fin privilegiado á la sazón de todas las especulaciones y conquistas del arte erudito. Y cuando no bas-

¹ Aludimos claramente á la manera en que pudo ser recibido por nuestros eruditos el *Roman du Paon*, citado por Fauchet: su aplauso, si lo obtuvo, no oscurecía en modo alguno la tradición caballeresca que dejamos consignada: antes al contrario, considerados el curso de las ideas y el estado de las letras, y notando que habia tomado plaza en la historia nacional la referida leyenda, adoptada en parte por el Rey Sabio en su *Estoria de Espanna* (IV.^a Parte), justo y racional parece concluir, como lo hacemos en el texto, que el autor de los *Votos del Pavon* redujo á forma poética la tradición referida, pudiendo añadir á los que se han perdido en conjeturas, con un distinguido poeta de nuestros días:

Os vais trás las apariencias
cuando hay un testigo, y bueno?—

táran tan obvias consideraciones para admitir, como hipótesis bien fundada, que la poesía española se anticipó á revestir de sus formas épico-heróicas las historias caballerescas y en especial *Los Votos del Pavon*, la existencia de otros monumentos análogos traídos por aquella edad á la prosa de Castilla, contribuiría sin duda á robustecerla y autorizarla.

Antes de ahora hemos observado que ya proviniese de la peregrina historia de Guido de Colona, ya de los libros poéticos de la literatura francesa ¹, fué traída á lengua castellana y gallega durante la juventud del rey don Pedro la *Crónica Troyana*. Libro en realidad de caballerías, si bien no exento de pretensiones históricas, iníciase y fomenta con él la lectura de aquel linage de ficciones, sintiéndose á poco andar la necesidad de reemplazarla con la de otras obras, ligadas más directamente á las maravillosas aventuras de los héroes carlowingios, no desechados tampoco los renombrados caudillos de la *Tabla Redonda*. De esta verdad, hasta ahora no reconocida, deponen varias producciones, cuyos títulos jamás han figurado en la historia de las letras. Hácenlas dignas de singular aprecio, demás de la importancia que les dá la época en que son escritas y de la forma en que aparecen, la no menos interesante circunstancia de referirse no sólo á las historias de uno y otro ciclo, sino también á un tercer género de narraciones caballerescas que habia ya producido notables creaciones, abarcando al par las leyendas piadosas de los primeros siglos del cristianismo. Conservadas con el depósito de las tradiciones religiosas y hermanadas con las vidas de los santos, muestran de un modo inequívoco que no infundian recelo alguno á la feliz credulidad de nuestros mayores y que sobre alcanzar, al transferirse al lenguaje de Castilla, la estima de los discretos, estaban asimismo destinadas á ganar el respeto de los devotos ².

¹ Vease el cap. XIX de la II.^a Parte.

² Las leyendas, de que á continuación hablamos, existen en un códice, fólio mayor, escrito en pergamino á dos columnas, á fines del siglo XIV ó principios del XV, y señalado con el título de *Flos Sanctorum*. Tiene la marca h. j. 12, y demas de los libros á que nos referimos, encierra los tratados siguientes: 1.^o *Vida de Sancta Maria Magdalena*, fól. 1.^o; 2.^o *Estoria*

Distínguense estos peregrinos libros con el nombre genérico de *cuentos* y llevan los que se han transmitido á nuestros días los siguientes epígrafes: 1.º «Aquí comienza un *noble cuento del enperador Charlos Maynes de Rroma et de la buena enperatriz Sevilla, su muger.*» 2.º Aquí comienza la «*estoria del rrey Guillerme de Inglatierra*» etc. 3.º Aquí comienza el *cuento muy fermoso del enperador Ottas et de la infante Florencia su fija et del buen cauallero Esmère*: 4.º Aquí comienza un *fermoso cuento de una sancta enperatriz que ovo en Rroma et de su castidad* 1. Leídos estos títulos, no puede haber duda alguna respecto del origen de semejantes obras; pero deben reputarse como meras traducciones?... Dado que desconociéramos la libertad, de

de Santa Maria Egipciaca, fól. 7.º; 3.º *Estoria del enperador Constantino*, fól. 14 v.; 4.º *Idem de un cavallero Placidias que fué despues cristiano et ovo nonbre Eustacio*, fól. 23 v. Constando el códice de 152 fojas, dicho se está que ocupan su mayor parte los libros caballerescos, en cuyo exámen entramos, los cuales fueron considerados por el colector de tan peregrinas obras como otras tantas leyendas piadosas. Verdad es que al proceder de esta suerte, no sólo obedecía á la ingénua credulidad del siglo, sino que aceptaba en cierto modo la singular consagración que había dado la Iglesia á la caballería. Esta idea había logrado ya satisfacción en el arte, como la había tenido en la historia; y no era por cierto maravilla que los elegidos y canonizados por el universal sentimiento, cuya idealidad reflejaban, vinieran al cabo á ser elevados á la estimación de los santos. Sólo de esta manera, y recordando la genuina representación de la caballería, es posible comprender tan singular maridaje, que en otro sentido no pasaría de ser una extravagancia. El códice á que nos referimos, es quizá el comprendido en el núm. 46 de la Biblioteca de la Reina Católica, con el título de: *Estoria de los Santos*, que se hubo de trocar al ponerle nuevas cubiertas por el más erudito de *Flos Sanctorum*, arriba indicado. Clemencin nada dijo acerca de este libro.

1 El órden que estos cuatro cuentos guardan en el códice, es: 1.º *Estoria del rey Guillelme de Inglatierra*, que al fól. 52 empieza: «Disen las estorias de Inglatierra que un rrey ovo, que ovo nombre rey Guillelme etc.»; 2.º *El Fermoso cuento de Ottas* etc. que comienza: «Bien oystes en cuentos et en romances que de todas las cibdades del mundo Troya fué la mayor», fól. 48.; 3.º El de *Una santa enperatriz* fól. 99.; y 4.º El de Charlos Maynes y Sevilla, que al fól. 124 da principio en esta forma: «Señores, agora escuchat et oyredes un cuento maravilloso que deve ser oydo, ansy como fallamos en la estoria».

que los escritores de la edad-media hacían alarde en toda suerte de versiones, la ingenuidad y frescura del estilo y lenguaje y el color especial que toma de las creencias y costumbres la misma narración, nos dirían claramente que no se contentó con el simple lauro de traductor el que las trajo al idioma castellano. De observar es no obstante que, fiel á los originales que le servían de norma, conservó, tal vez con mayor exactitud de lo que permitía el genio de la lengua, los nombres propios de personas y lugares, dejando así indubitables vestigios del camino que traían las mencionadas leyendas. Extractos unas de más voluminosos libros, compendios otras de abultadas historias; ya enriquecidas de pinturas y descripciones, que revelan los esfuerzos hechos por el arte español en épocas anteriores, ya exornadas de extrañas joyas y preseas, ningunos monumentos hallamos en la segunda mitad del siglo XIV más propios y adecuados para dar á conocer cómo se realiza en la literatura castellana la transformación caballeresca. Este convencimiento, hijo del largo exámen que de tales obras tenemos hecho, nos mueve pues á ofrecer aquí á nuestros lectores breve análisis de las mismas, no sin consignar primero que es ya en extremo difícil, aun con el auxilio de extrañas literaturas, el señalar las relaciones particulares y exteriores de cada una de ellas.

Enlazado con las narraciones del ciclo carlovingio, según vá insinuado arriba, llámanos en primer lugar la atención el *Noble cuento del enperador Charlos Maynes de Rroma et de la buena enperatriz Sevilla su muger*, que á diferencia de *Los Votos del Pavon*, abraza cierta serie de sucesos relativos á la edad provecta del héroe 1. Dando inequívoco testimonio del estado

1 La existencia de esta obra desvanece el error generalmente seguido de que no se halla rastro alguno hasta principios del siglo XVI «en la literatura castellana de las leyendas relativas al emperador Carlo-Magno y sus doce Pares» (Gayangos, *Discurso preliminar al Amadis de Gaula*, edic. de Rivadeneira 1857). Verdad es que este aserto no puede resistir la luz que arrojan los monumentos hasta ahora citados, ni los testimonios que en igual concepto aduciremos adelante. Sobre la misma leyenda y otro no menos peregrino libro acaba de dar á luz el docto don Fernando Wolf, tantas veces citado, un curioso trabajo que lleva el siguiente título: *Über Die bie-*